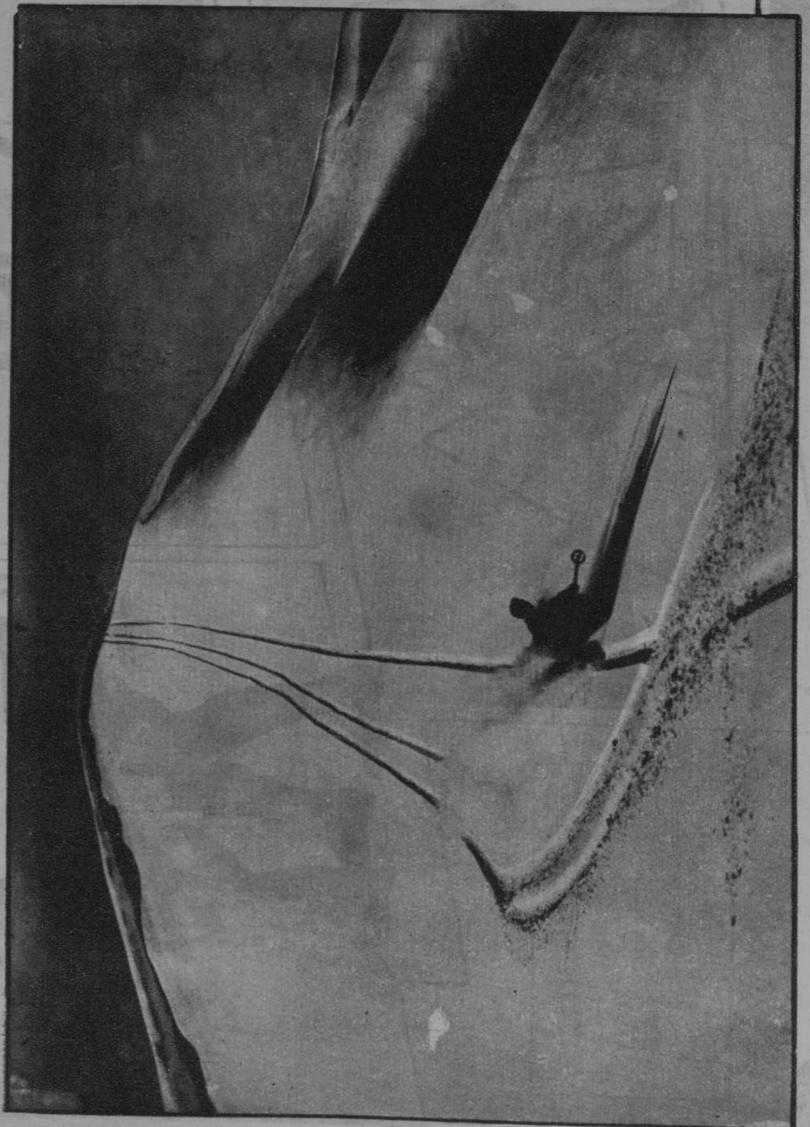


Los bellos parajes de Schneehänge.—(Fots. Scherl)



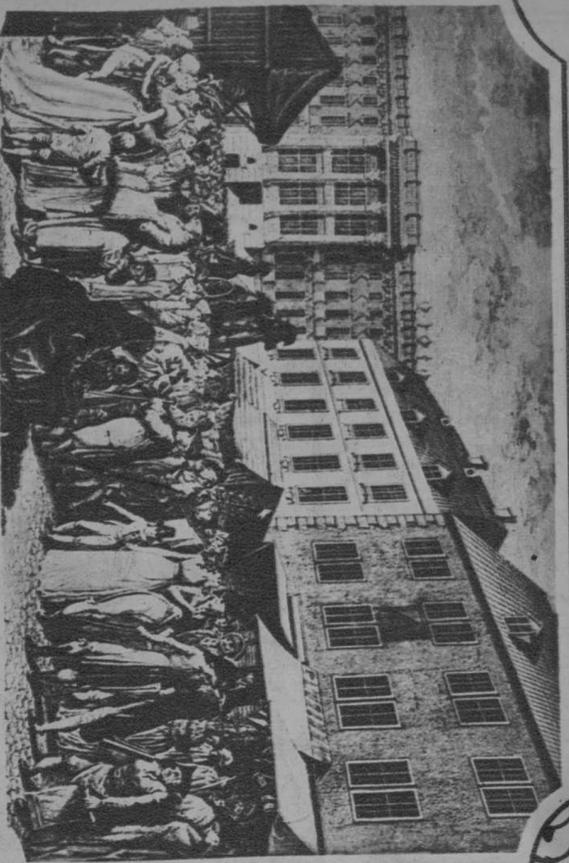
NUM
141

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Dia Gráfico

DIBRE
25
1928



EL ARCO DE LOS SEPULGROS REALES, EN EL MONASTERIO DE POBLET.—(Fl. Mas)



LA FERIA DE NAVIDAD
A TRAVÉS DE LOS
TIEMPOS



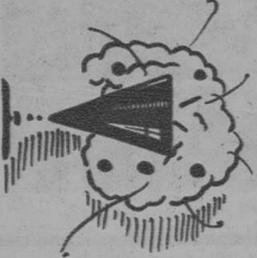
En 1796



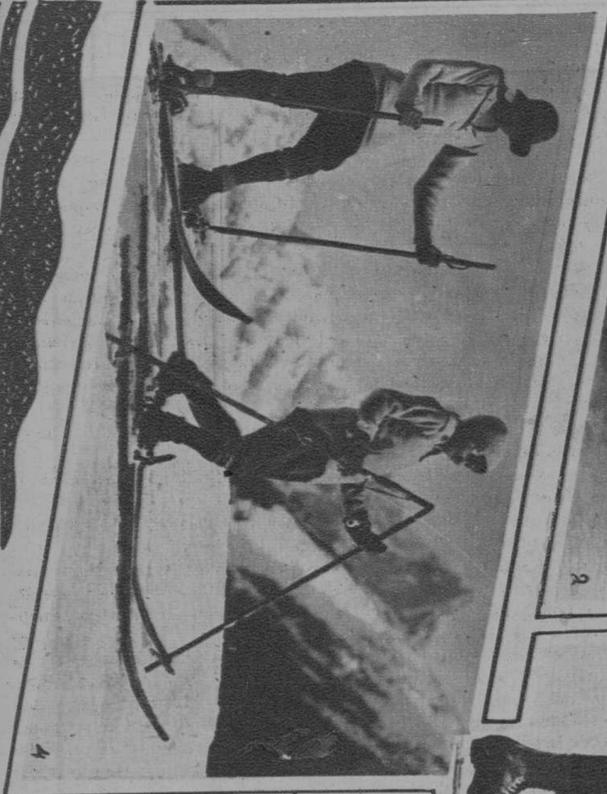
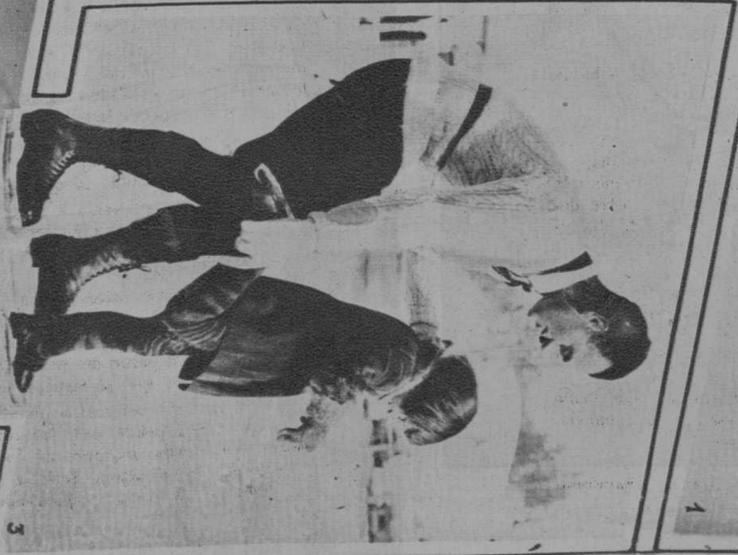
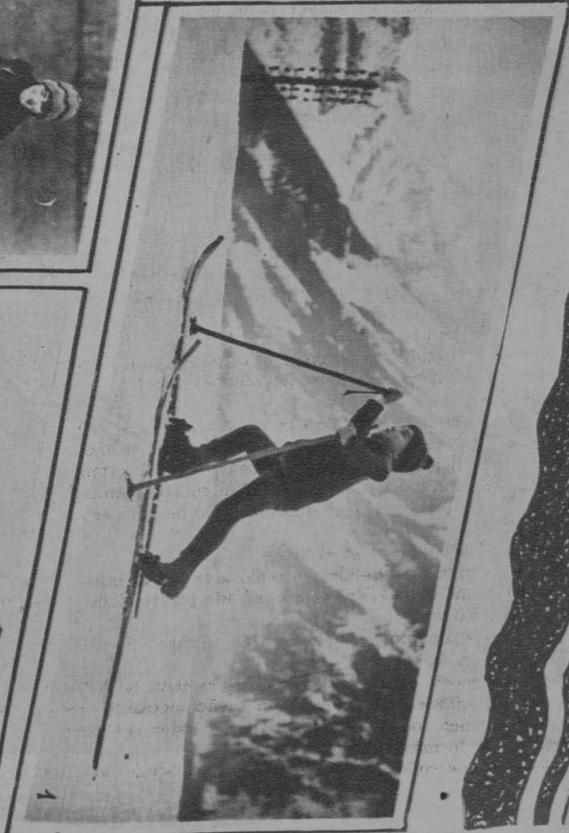
En 1845



En la actualidad
(Foto: Scherl)

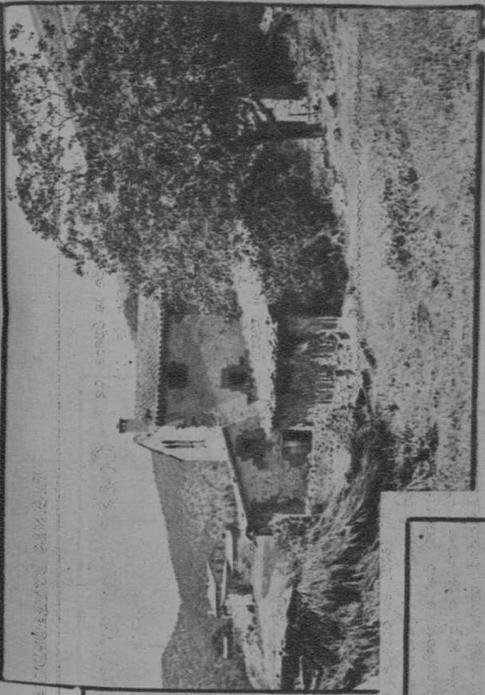


LA NIEVE
ENCANTO
DE LOS
OHÍQUILLOS

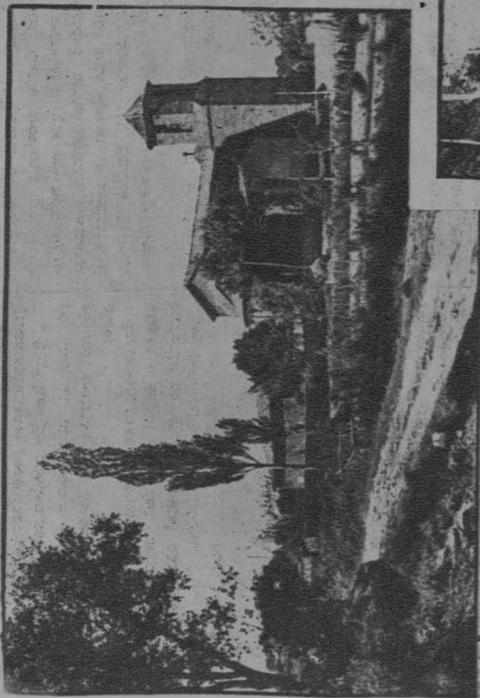


- 1.—Un futuro campeón de Skis.
(Fot. Meurisse)
- 2.—Los primeros pasos.
(Fot. Scherl)
- 3.—Patinando con papá.
(Fot. Keystone)
- 4.—Un paseo agradable.
(Fot. Conzorcio)

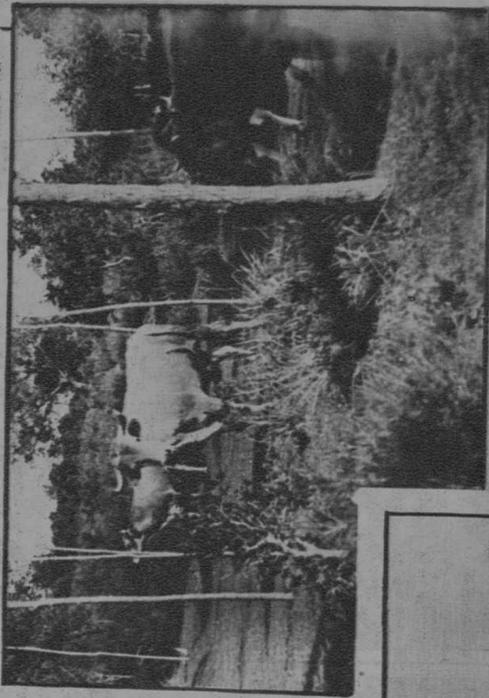
LOS BELLOS PAISAJES
DEL BRULL,
EN EL MONTSENY



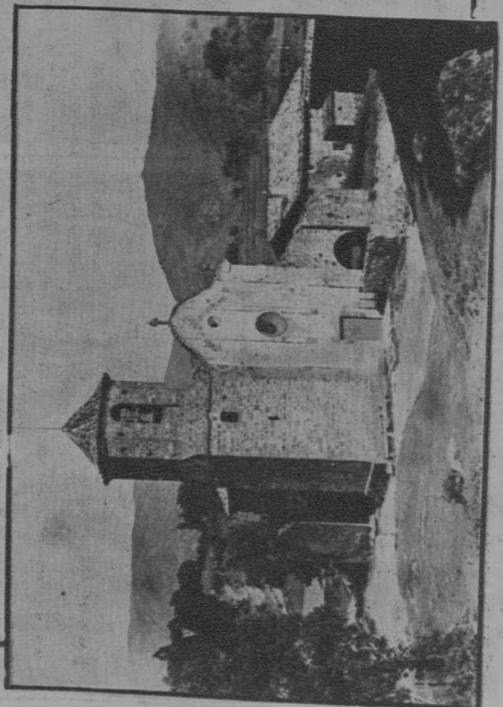
Las masías en La Morera
y la Castanyera



La iglesia del Brull

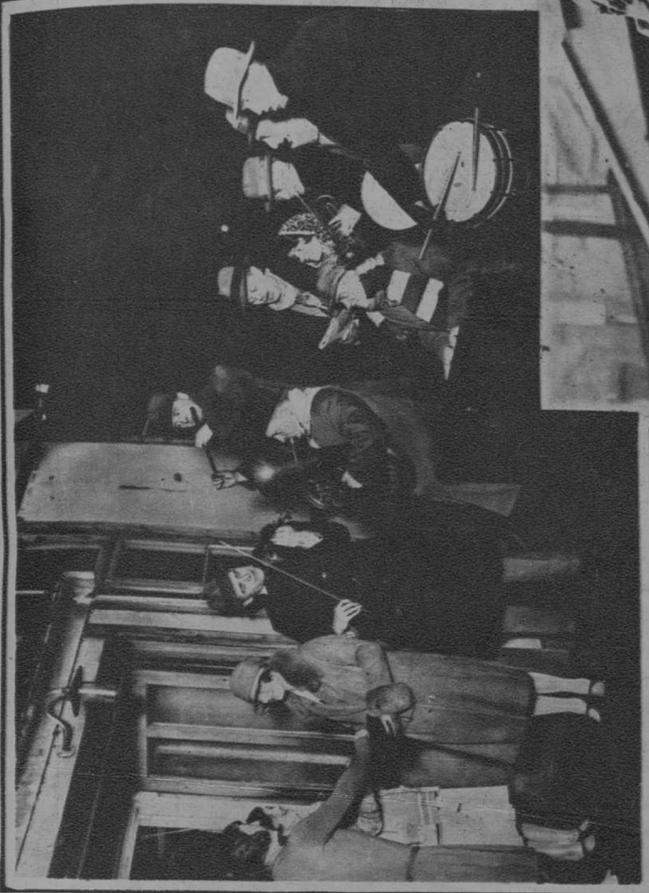


Los pastos del Brull
(Fots. Vilalta)

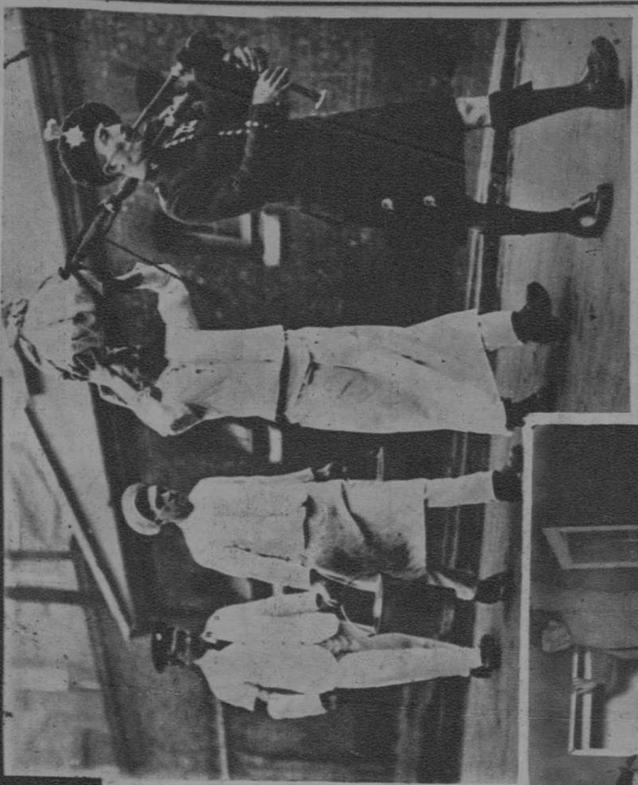


La fachada del templo

LAS TÍPICAS COSTUMBRES
DE NAVIDAD



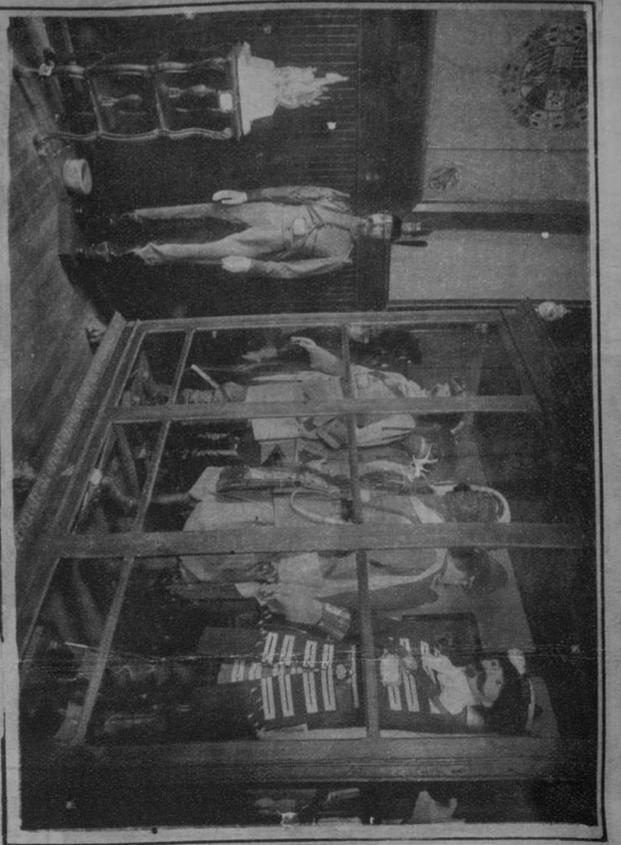
En Alemania, en improvisadas orquestas, se dan serenatas a las amistades. (Fot. Keystone)



En Irlanda, el suculeto «pudding» de Navidad es acompañado a la mesa con todos los honores. (Fot. Keystone)

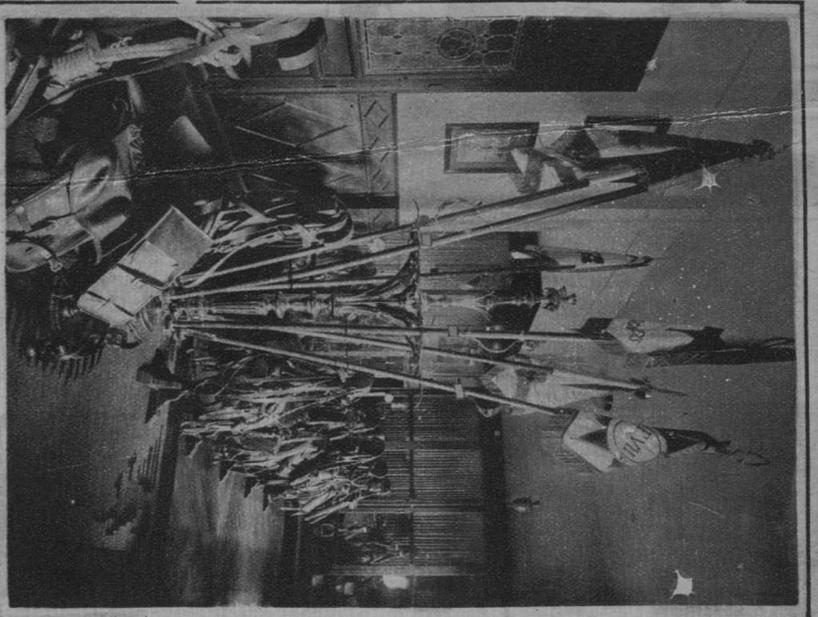


En la cena de Navidad londinense, constituye el «haggis» el plato favorito. —(Ft. Vidal)

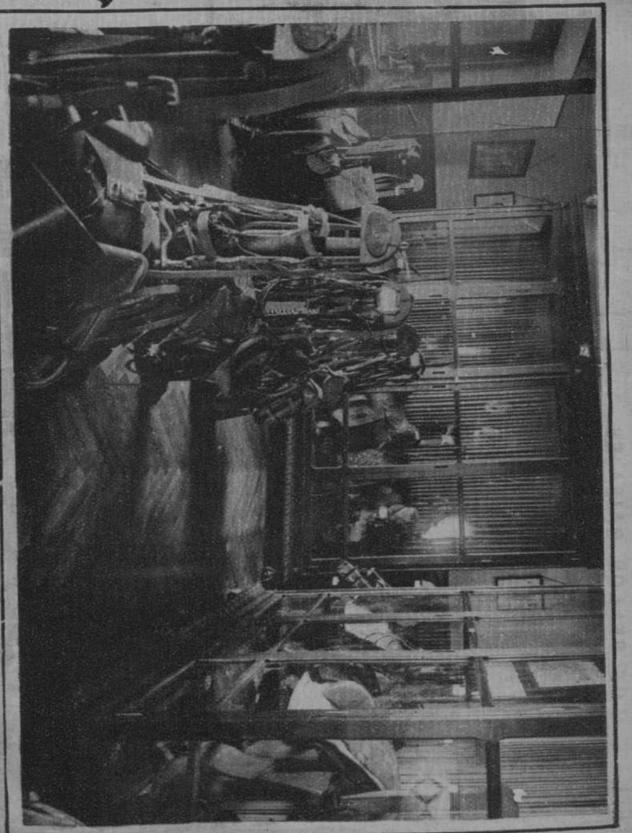


Antiguos uniformes del Arma de Caballería

EL MUSEO DEL ARMA DE CABALLERÍA QUE HA SIDO INAUGURADO POR LOS REYES EN MADRID

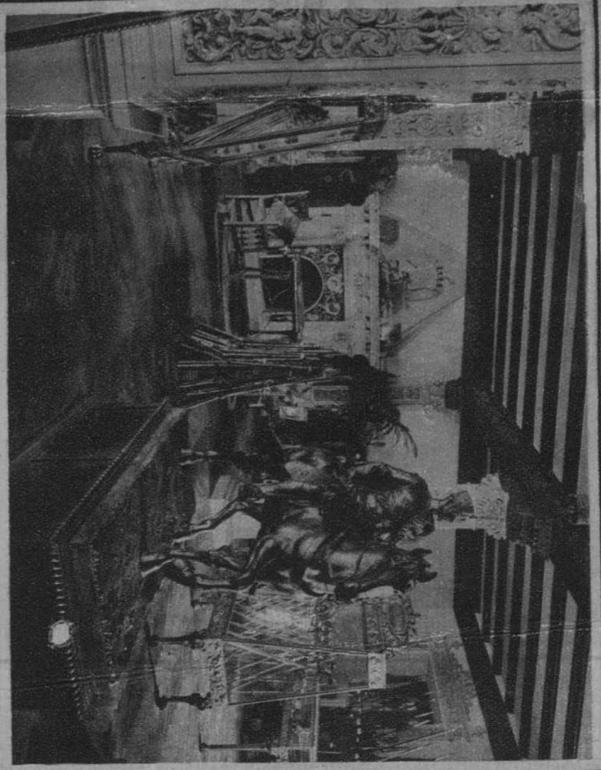
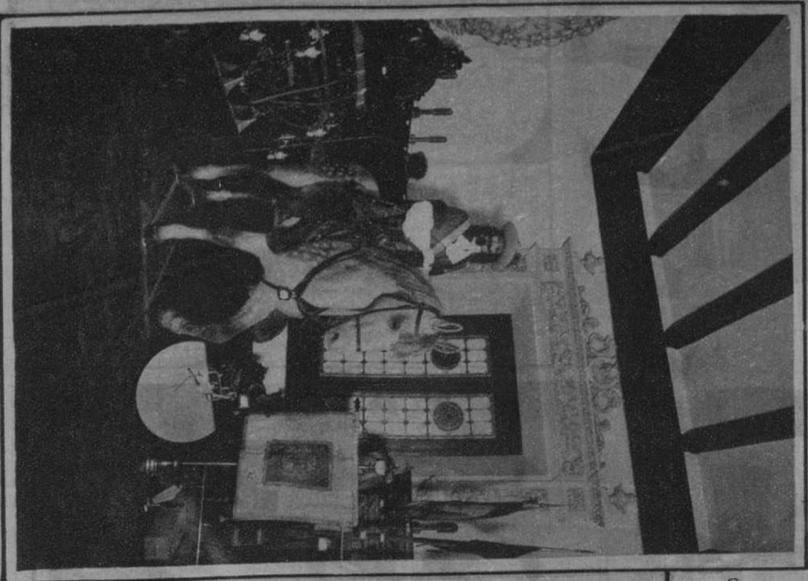


Un detalle del Museo (Fots. Vidal)

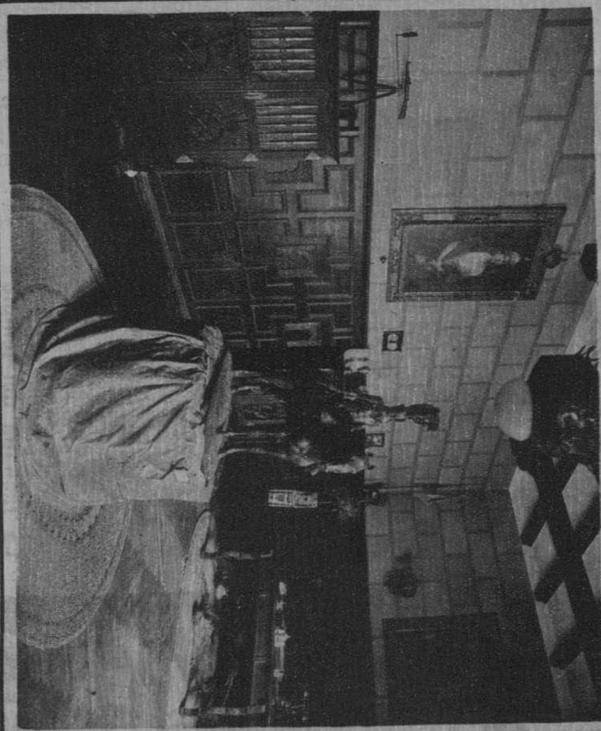


Cuadernés

Origen del Regimiento de Lanceros de Villaviciosa. Reinando Carlos II, en 1689



Salón Alfonso XIII



Salón Reina Victoria Eugenia

Regimiento Cazadores de Alcantara. Turco platillero otorgado por el Emperador Carlos I al gran duque de Alba, en 1529. (Campana de Hungría, como ganador de caballería española)



La Joya de Can Garlanda

por

A. FERNÁNDEZ ESCOBES

Ilustraciones
de
BOSCH



pego; pero aquí se guarda muy bien de hacer eso. El banquero es muy decente y juega muy limpio.

—¡Juego!—dijo una voz.

Reinó un silencio profundo.

El alma, los ojos y la vida de los jugadores estaban reconcentrados en las manos del hombre que tallaba.

Salió un siete.

Uacista sintió un codazo terrible en las piernas.

Era un jugador que estaba sentado delante de él, que acababa de perder dos onzas en la primera carta.

Aquel siete había producido en los nervios del jugador el mismo efecto que la descarga eléctrica de una pila de Volta.

En las casas de juego no sólo se pierde el dinero y a veces la honra, sino que también se pierde la salud. La mayor parte de los jugadores enferman del estómago.

Preguntadle, si no, a personas competentes, y os dirán que es un hecho histórico.

CAPITULO II

¡Juego!

El jugador de pura sangre no tiene amigos ni familia; no siente el frío ni el calor.

No se fija en el tiempo que hace.

La primavera o el otoño, el verano o el invierno, para él pasan desapercibidos, con tal de que en las cuatro estaciones del año se juegue.

No ama ni aborrece.

Nada le importa el Gobierno que rige la nación en que vive.

El jugador es una especie de Prometeo amarrado a la mesa de una banca.

Como el cautivo del Cáucaso, se esfuerza en vano por romper las cadenas que le sujetan; todo es inútil. El cuervo devora su corazón durante el día, sufre dolores terrible; pero el corazón crece durante la noche para ser devorado al día siguiente.

— Este corazón del jugador es el vicio.

El brazo prepotente de Hércules no pudo arrancar al hijo de Japeto y de Clíemene de la roca donde el dios Vulcano, auxiliado por el Poder y la Fuerza, había sujetado al ladrón divino.

Las cadenas de diamantes del jugador, tan fuertes como las de Prometeo, son el vicio arraigado en la sangre.

Sólo tiene un placer: jugar. Sólo alegra su espíritu la vista del oro que brilla ante sus codiciosas miradas. Sólo tiene un sueño incesante, eterno: la ganancia.

Las cartas resumen todas sus aspiraciones y todos sus goces.

Por ellas olvida lo más sagrado.

Hace diez y nueve siglos se estremeció la Naturaleza; los muertos abandonaron

—Gracias a Dios, mi salud es buena.

—Más vale así. Pero aquí tiene usted a este sol de España; hágale usted una caricia, que el pobrecillo hace tres días que no quita ojo de la puerta, como si tuviera deseos de ver llegar a su padre.

Uacista tomó al niño en brazos sonriendo.

—Ya creo haberle dicho a usted que yo no soy el padre de este niño—replicó.

—¿Y qué nombre quiere usted que le dé a este ángel del Señor, a quien usted quiere tanto, y por el que está usted tan afanoso desde el día que su pobrecita madre pasó a mejor vida?

—¡Es verdad!—respondió maquinalmente Uacista, acariciando al niño.

—Mire usted, señorito, lo cierto es que el picarillo se hace querer, porque a pesar de su poca edad, es más zalamero y más traidor... Muchas veces mi pariente me dice: "Aniceta, si el señorito se cansara del chico, nosotros lo prohijáramos; seremos sus padres, ya que hemos tenido la desgracia de perder a nuestra niña".

—Agradézco ese rasgo de caridad en nombre de la pobre Marta; pero este niño, mientras yo viva, será mi hijo adoptivo.

—¡Y es muy natural! Yo soy muy justa, aunque sea en contra mía, y conozco que nadie tiene más derecho que usted.

—¡Ah! ¡Calla!—exclamó Uacista, metiendo la yema del dedo meñique en la boca del niño. ¡Tiene ya dos dientes!

—¡Toma! ¡Pues si me da unos mordiscos que me hace ver las estrellas!

—Pero usted nada me había dicho.

—Mire usted, don Alejandro, nosotros somos pobres, pero honrados. Mi marido, con la plaza de sereno que le dió un señor del Ayuntamiento, y yo lavando la ropa de cuatro o cinco casas que quieren favorecerme, lo pasamos regularmente y sin deber un maravedí a nadie. Cuando me dijo la señorita Marta que si quería criar al chico, admití porque era ella; pero yo no soy de esas mujeres que vienen a la corte a ofrecer la leche de sus pechos por la codicia de la soldada. Esas mujeres nada perdonan. Que le sale a la criatura el primer diente: regalo; que le sale el primer colmillo: regalo; que el chiquillo pronuncia el nombre de su papá: regalo. Y bien puede usted creer, don Alejandro, que para ellas el criar un chico es una ganga que nunca se acaba. Pero yo... ¡hijo de mi alma!, sólo por el aprecio que le tenía a su madre y por lo que él se hace querer...

Uacista comprendió lo que aquel desinteresado quería decirle.

—Pues bien, yo venía a pagar a usted la mesada, pues estamos a 5 de mayo—dijo, alargándole el niño, que Aniceta cubrió de besos.

—Aunque estuviéramos a 20 no corría prisa.

—Gracias; pero los pobres arreglamos nuestras cuentas a principios de mes.

—En fin, como usted quiera.

—Tome usted los cuatro duros de la mesada, y estos dos más: uno para comprarle al chico una porcelana para la dentición, y el otro para que refresquen usted y su marido a la salud del primer diente de este mozo.

—Pero, ¿por qué se molesta usted, señor don Alejandro?

—Yo quisiera ser más espléndido, pero usted ya sabe que soy pobre.

—Sí, señor, pobre, pero honrado y generoso; porque lo que usted hace no lo haría ni el mismo marqués de Siete Iglesias si volviera a nacer.

Uacista dió el último beso al niño y salió de casa de la nodriza.

Después de cruzar varias calles se halló en la del Príncipe.

«Ihereu» de «Can Garlanda» y el marido de la «Pubilla» de «Can Garlanda». El heredero, Jaime, tiene veinticinco años. El marido de la «Pubilla», José, cincuenta. Dos hombres solos, aislados del pueblo, perdidos en la oscuridad de la montaña, como dos toreros de faro, o poco menos; dos hombres que ni siquiera están ligados por la sangre, puesto que son hijastro y padastro; una desgracia, en fin, cuya historia es la siguiente: La «Pubilla» de «Can Garlanda», al quedarse sola por muerte de todos los suyos, se casó (o la casaron) con «Millín el de Fora», que no era de fuera, pero que lo habría sido algún antepasado suyo y el hombre cargó con el requeque, con el estigma carifoso. La «Pubilla» y «Millín», tuvieron un solo hijo;

vieron al amparo de sus muros pedernales y murieron bajo la techumbre de losas. ¿Quién fué el primer habitante, quién el que elevara la casuca de paredes pétreas y tabiques de adobes? Nadie lo recordaba. Por tradición, aquella casuca era «Can Garlanda», y cuando se intentó para que este mote desapareciera, será en vano, por más años que pasen y por más gente que se suceda. Y aunque arribe un día feliz en que el caseruco sea regido por un buen «pagés», metódico, ordenado, ahorrativo—es decir, adornado con todas las virtudes raciales—, el nido de águilas enclavado en una oscuridad de la más fina montaña de San Felu de Codines, seguirá siendo «Can Garlanda».

Dos personas lo habitan actualmente:

«Can Garlanda» semeja un nido de águilas enclavado en una oscuridad de la más fina montaña de San Felu de Codines, se diría empotrada allí por algún ave rapaz y gigantesca que la hubiese arrancado del plano del Vallés. Vista desde el pueblo, la «casa pairal» aparece como un «blocao», cual una histórica torre de señales, o como esos pabellones de refugio que se yerguen en los ventisqueros, y ningún forastero, ninguno de aquéllos que al pasar por debajo de ella, en el estío, rumbo a Sant Miquel del Fai, se asombraba, hubiérase atrevido a afirmar que estaba habitada. Pero habría podido hacerlo, porque hasta hoy, desde muchos años antes—¿quién lo recordaba?—«Can Garlanda» cobijaba gente, y varias generaciones vi-

Jaimé, y más valiera que no hubiesen tenido ninguno; porque el buenazo de Jaimé era una voluminosa masa humana, con ojos dulces de can pedigueto, grandes manazas, enormes pies, desmadrado cuerpo, hirsutas greñas sobre la cabeza y completamente hueco el vacío del frontal; era idiota, un idiota pacífico que apenas aprendió tres o cuatro palabras, que gruñía en vez de pronunciar, y que detesta su vida en las cosas con estúpida fijeza, asustados los ojos dulces de can, oprimidas contra el pecho las manazas, temerosa y animada la actitud. Jaimé la primera desgracia de la casa, y a ésta siguieron otras. La «Pubilla» quedóse viuda a los dos años de matrimonio.

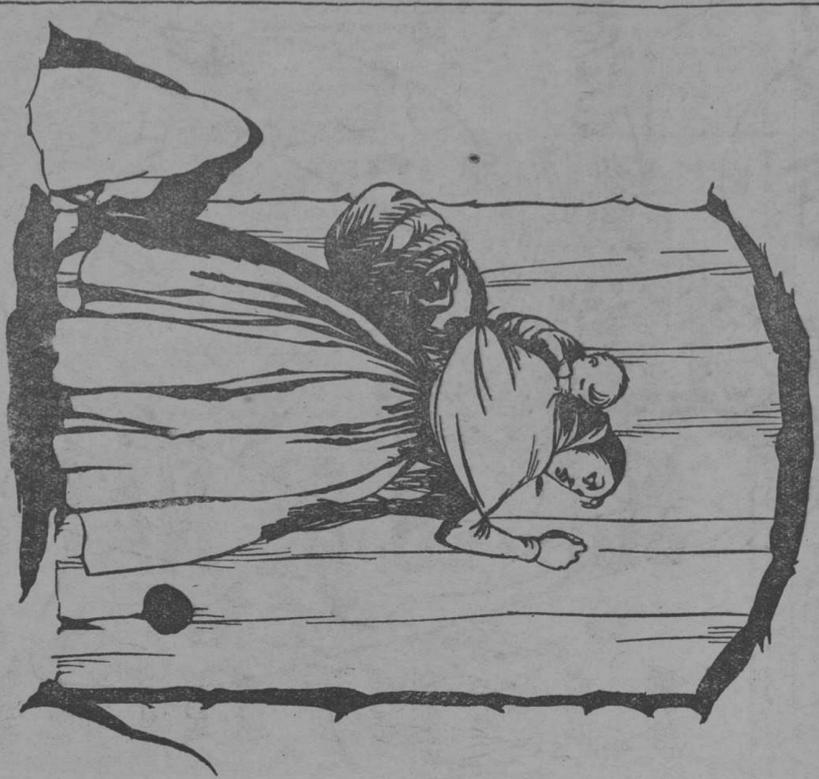
Era una mujer de treinta, yugosa y tostada por el sol, en cuyo cuerpo apenas si entra el sexo otra expresión de los senos altos y prietos todavía. La buena mujer se halló soltera de nuevo, pero con la carga terrible de aquel hijo idiota. Los primeros años de viudez no fueron del todo malos: ella iba a pasturar sus cabras, iba a un pequeño y fático huerto, reparaba la leche de su ganado y se prestaba a realizar «taenas» a otras mujeres más ociosas y menos menesterosas. Jaimé, arrastrándose siempre por el suelo, exótico e inmutable a veces durante horas, apenas si era molesta, y allí iba creciendo en un rincón como un perro, cual un apeto o un brazo de ramas secas. Pero llegó un tiempo en que el chico habíase convertido en un hombre: un hombre que fibaba terriblemente sus ojos dulces de can en el rostro de la madre, riéndose a la vez, y gruñendo intraducibles sonidos. La «Pubilla» sintió miedo, y por primera vez en su vida vio la necesidad de vivir al lado de un hombre, que la defendiese, que prestara a la casa el amparo necesario. Focos hombres la hubieran ofrecido su mano, ante el temor de aquel ser inofensivo, pero que causaba espanto. De entre los pocos, halló su pareja: José, ya un tanto entrado en años, probó, trabajador y, por contra, aporreador al matrimonio de unas cuantas afres de terreno para pastos. En suma, un buen enlace, conveniente para ambos. Jaimé se halló de súbito con otra persona en la casa, y acaso lo agradecería, porque ya tenía dos seres a quien mirar; siguió en su rincón, sin meterse con nadie, y todos vivieron tranquilos, laborando serenamente.

Un día, José pensó que Jaimé podría ocuparse en llevar a pasturar el rebaño de cabras, y desde el siguiente, «lheru» de Can Gardandas» salta con el sol, montada abajo, siguiendo al rebaño que guiaba su camino; a la puerta del sol, las mismas cabras emprendían el regreso acostumbrado y él caminaba detrás de ellas, como un automata, introduciéndose un dedo en la boca o mordiendo su cayado. Y así un día y otro... José había engrandecido la casa, expandiendo su negocio de leche, y otros productos, que él mismo bajaba diariamente a San Felú. Hasta que, un mal día, la «Pubilla» salió de casa encerrada en seis tablas forradas de negro, y las cosas se quedaron como antes. Los dos hombres se encontraron frente a frente; el uno, con

un hijo que no era suyo; el otro, con un ser desconocido, menos cariñoso que el rebaño de cabras... Y la casa sin la sombra de aquella mujer, como antes estuviera sin la sombra de un hombre.

De súbito comenzó a circular por el pueblo una noticia extraña. El marido de la «Pubilla» de «Can Gardandas» había en-

la enseña a pensar en algo más elevado, pone toda su inteligencia en la maledicencia y en la murmuración despiadada. En concreto nadie hubiera podido afirmar nada pecaminoso en contra de Ramona. La «lova» de Can Gardandas. Era una muchacha de unos veintisiete años, más bonita que fea; había en ella un atractivo: que no tenía el rostro de Jaimé, que no estaba tostada por el sol, ni surcaban su



contrado «lova» para su hijastro, y lo iba a casar con ella. En el pueblo se tejían los más diversos albores, se murmuraba a más y mejor. La gente extrañábase de que hubiese una mujer suficientemente ariosa-gada para unirse a aquella masa humana con dulces ojos de can pedigueto. Y como el gremio jugareño se inclinaba siempre del bando de la malicia, en vez de admirar el sacrificio de la mujer que sería la compañera de Jaimé, de una pilitrta humana, insensible y epanadora, se entregó a la difamación de la moza, acusándola de interesada, que sólo buscaba los ahorros escondidos por José nadie sabía donde, y llegando a tenerla por una cualquier cosa. ¡Valiente cosa sería cuando consentía en unirse al «lheru»!

Las murmuraciones arreciaron cuando supieron quién era la moza, confirmándose en sus primeras impresiones. La gente es así, y la de los pueblos peor. Y como nadie

rostro arrugas. Sus ojos, grandes y verdes, miraban de frente siempre y se clavaban en las personas con orgullo, tesoneramente como si desafiasen. Su cuerpo era relativamente esbelto y muy delgado, por lo que no gustaba a los jugareños, que la juzgaban tísica. Un día, los de San Felú se encontraron con que esta moza, vendida de noche sabía donde, trabajaba en una de las fábricas de tejidos, callada, silenciosa, apenas sin mirar a las compañeras. Nadie le pudo arrancar secretos; si los tenía, bien los guardaba; pero era tan herrética que acaso no los tuviera. La que más pudo saber, fue que era de Matarró, que había trabajado en Barcelona, que pasó luego a San Felú de Codines... y que iba a ser la «lova» de Can Gardandas.

—¡Ahora sí que será aquello «Can Gardandas»!—sentenciaron, entre risas y guiños pícaros, los mozos del pueblo.

Uacista caminaba como siempre, es decir, con la mirada fija en el suelo, las manos en los bolsillos y el aire meditabundo. Acababa de ver al hijo de Marta, y estaba pensando en la madre. Al llegar a la tienda de Andaluces que hay junto al café del Príncipe, Uacista casi tropezó con un hombre que había parado, contemplando con codiciosa mirada los apetitosos manjares puestos entre cristales como un prospecto llamativo a los glotones. Uacista levantó la cabeza, y al ver la cara de aquel prójimo se estremeció. Era uno de los padrinos de don Luis. Para examinarle bien colocóse en la esquina de la calle de la Visitación; allí estaba oscuro y podía observar sin ser visto. Aquel individuo tenía todo el aspecto de uno de esos hombres de azar, que tan pronto están en alza como en baja; tipo desconocido en las capitales de provincia y en los pueblos; planta tal vez exótica en la corte, pero que sólo se aclimata en Madrid. Seres que abandonan el pobre lecho por la mañana sin esperanza de ningún género; que se echan a la calle a pescar una peseta, y suelen encontrarse con un billete de cuatro mil reales; que hoy coma en casa de Lhardy un cubierto de a media onza, y mañana en la fonda del Paraíso por cuatro reales. Hombres que se sirven de sus relaciones como de las cucharas, mientras comen, pero que luego las dejan con indiferencia y sin agradecerles le servicio que les han prestado. Primos sin familia ni afecciones, que hoy venden la camisa en el Rastro, y mañana se compran una cadena de oro en casa de los Saboyanos, en la Carrera de San Jerónimo. Es verdad que muchas veces esta cadena se agranda y suele bajarse al tobillo, y entonces un cabo de vara procura que no la vendan ni se deshagan de ella con tanta facilidad. El hombre del escaparate, o sea Inocencio, se cansó de contemplar los succulentos fiambrés y sabrosos mariscos de José María, y separándose de los cristales, se encaminó hacia las Cuatro Calles. Uacista le siguió, y de este modo llegaron a la calle de la Gorguera. Inocencio entró en una casa, y Uacista detrás. El primero subió hasta el piso principal, llamó, abrieron y entró. Entonces Uacista fue a colocarse a la puerta de la calle. No pasaban dos minutos sin que algún prójimo de mal pelaje entrara o saliera de aquella casa. Uacista comenzó a sospechar el origen de aquellas frecuentes entradas y salidas. Pero por si podía quedarle alguna duda, la casualidad vino a desvanecerla, pues un nuevo visitante reconoció a Uacista. Era un discípulo suyo. —¿Qué haces aquí?—le dijo. —Espero a un prójimo que ha entrado en esta casa. —¿Le has dado algún napoleón para hacer una vaca? —¡Pues qué! ¿Hav banca arriba? —¡Toma! ¿No lo sabías? —No.

—Pues a esta hora acaban los *burletes* y empieza la cabecera; es una banca muy decente. Se tallan sesenta onzas. —¿Tienes tú relaciones arriba? —Todos los meses me dejo las tres cuartas partes del dinero que me manda mi padre. —Entonces, podrás presentarme. —¿Traes mucho dinero? —Seis duros. —Tú no eres jugador, amigo Uacista. No empieces nunca a serlo. —Me das un consejo y no lo tomas. —Ese es el defecto de la humanidad; el derrochador te habla de economías; el vicioso, de virtud; el villano, de nobleza, y el hipócrita, de franqueza. Esa es la cadena social; pero créeme, no juegues. —¡Bah! Yo no quiero jugar, pero quiero ver a un hombre que debe estar jugando; además, poco podía perder. —Con seis duros, dando ocho golpes, se hacen mil quinientos treinta y seis duros. ¡Bonita jugada! Con ese dinero, tú que eres pobres... —Me hacía rico; es decir, me arreglaba. Pero veo que tan pronto me aconsejas que no juegue como que dé ocho golpes. —Es verdad; el vicio me domina. En fin, voy a ver si pierdo el dinero del mes. ¿Subes? —Eso iba a suplicarte, que me presentaras. —Pues vamos arriba. Subieron. Un criado asomó por el ventanillo de la puerta su recelosa mirada, y al encontrarse con un antiguo conocido, o por mejor decir, con una víctima, abrió la puerta. —Es un amigo—dijo haciendo pasar a Uacista delante. Esto tranquilizó al portero. Cruzaron un pasillo y entraron en la sala. Estaban casi en tinieblas. La luz de un quinqué de comedor de gran pantalla caía clara y brillante sobre la mesa de juego, dejando el resto de la habitación a oscuras, sin duda para que no se vieran los compungidos rostros de los que perdían. Unas cuarenta personas se agrupaban alrededor del tanete verde. En el centro de esta mesa veíase un montón de oro, plata y billetes. Todos los ojos estaban fijos en aquel dinero. La codicia se revelaba en los semblantes. Dos hombres, puestos uno enfrente de otro, *peinaban* las cartas con una calma admirable. Diríase que tenían asegurada la ganancia, según la imposibilidad con que las dejaban caer sobre el tapete. Uacista reconoció en uno de estos dos banqueros a Inocencio. —¿Quién es ese hombre?—le preguntó a su amigo. —¿Ese? Inocencio. —Pero bien, ¿quién es ese Inocencio? El amigo bajó la voz, y colocando sus labios junto al oído de Uacista, le dijo: —Un perdido, un jugador de ventaja. El banquero le tiene alquilado para que pague y cobre y para que tire algunas tallas cuando se dan menores o lados con insistencia. Dicen que cuando puede *mata las cartas*, hace *amarres* y echa el

José se hallaba contentísimo, al ver los resultados que le produjo aquella boda: ¡Vaya, vaya si había sido un buen negocio aquel matrimonio!

Meses después, la «Jova de Can Garlanda» dió al caseruco el nuevo heredero, tras algunos años de esperada sucesión, y con ello un terrible golpe al anciano José. Durante los meses anteriores, cuando se manifestaron los síntomas inequívocos, el viejo asedió constantemente a Ramona, ansioso de desentrañar algún secreto, ante la duda de que aquel fruto fuese legítimo. Pero Ramona afirmaba y juraba que lo era, y el viejo, aún dudando, se había de quedar con aquella respuesta. Desde entonces comenzaron las luchas entre los dos; José, en su ciega seguridad del delito, asediaba a la «Jova», intentaba arrancarle la verdad por cuantos procedimientos venían a su pensamiento; le prometió perdón y silencio; pero necesitaba la verdad... aunque sólo fuese para ignorarla después. Ramona, firme constantemente, exclamaba con furia insospechada en ella:

—¡Es de él, sí; es de él!

Una noche, a la hora de la cena, el viejo, trémulo y desencujado, al escuchar esta pregunta, inquirió, iracundo:

—¿Y quién es él, di?

La «Jova de Can Garlanda» clavó en el anciano sus ojos verdes; el viejo la miró fulminante, y, rojo de ira, arrojó contra ella el puntiagudo cuchillo de partir el pan. Esquivó el golpe Ramona, y amparóse tras el corpañón de Jaime, que asistía a la escena mirando cándidamente a los dos. El feliz idiota sonrió ante aquel hecho jamás presenciado; corrió hacia el tabique de adobes en que quedó clavado el cuchillo, lo desenajó, lo contempló un instante con salvaje alegría, lo empuñó fuertemente y, lanzándolo contra el tabique, lo clavó de nuevo. Nadie se lo pudo arrebatar después. Salía por la mañana, con el sol, tras su rebaño, acariciando el cuchillo; ya en la montaña, fijábase en un punto, levantaba en alto el arma y, zás, lo lanzaba con fuerza, clavándolo en la tierra... Y brotaba entonces de su boca una carejada estridente, plena de feroz alegría, cuyo eco iba perdiéndose de montaña en montaña.

José estaba atemorizado. El juego del idiota aparecíasele como algo terrible, y le recordaba el instante en que, fuera de sí, lo arrojó contra la «Jova». Pensaba que un día el idiota acaso se lo clavara a él, y deseaba vivamente quitárselo, más no se atrevía. Dos noches después, rompiendo un silencio preñado de rencores, suplicó a la «Noia»:

—¡Quitáselo tú!... Eres la única que puedes lograrlo.

—¿Para qué quitárselo?... Pocas alegrías ha tenido el desgraciado, ¿Por qué privarle de esta?

Cuando contrajeron matrimonio Jaime y Ramona, José, frotándose las manos, echó sus cuentas: había realizado un buen negocio. En lo sucesivo, Jaime iría a pastorear el ganado, como siempre; Ramona cuidaría de la casa, y él continuaría llevando a San Feliu la leche y los pequeños frutos de su huertecillo. Además, ahora aumentaría el gallinero; enjabeigarían entre él y la «Jova» la casa, la encalarían por dentro; comerían mejor... ¡y a vivir! No hay como la paz de un hogar, pensó. Y no se le ocurrió enredarse en sutilezas psicológicas, sentimentales ni morales, acerca de aquel matrimonio formado por una mujer joven, más bonita que fea, y un gigantón, joven también, idiota y medio loco.

Jaime, a partir de su matrimonio, pareció idiotizarse más. Ramona lo acariciaba a veces dulcemente, con mimos de madre, compasiva y buena; veía en su marido un niño grandullón, un hijo gigante, dócil y manso, que no la molestaba. Jaime recibía las caricias con visible alegría, dejando escapar guturales sonidos, en los que acaso hubiese ternura y agradecimiento. Pero el anciano José, rompía el casto idilio con sus palabras bruscas:

—¡Al trabajo!... ¿No ves que es un idiota?

Ramona separábase del «chereu» y se iba a sus quehaceres. En el fondo, estaba agraciada a él. Solo y desamparada, ¿qué hubiera sido de ella? A veces intentaba recordar sus años de obrerita en las fábricas de Mataró y Barcelona; pero en seguida rompía a cantar para olvidar aquellos tiempos... que no debían de ser muy gratos, cuando recordarlos le apenaba ¡Bah! Casada con aquel idiota, se hallaba de pronto con una casa, con un hogar suyo, con un niño crecido y un padre algo grufón, pero bueno internamente. ¿Qué más podía pedir ella?

En medio de esta felicidad sin felicidad, transcurrieron los días y los meses y los años. Pasados algunos, José llamó a la «Jova» y le dijo:

—Ya estoy viejo. Habrá que pensar en que bajas tú a Sant Feliu...

Y desde la mañana siguiente, la «Jova de Can Garlanda» acudía diariamente al pueblo a repartir la leche de cabras. Y, sin saber cómo ni cómo no, aumentaron las ventas. Pasados algunos meses, en vista del buen negocio, el marido de la «Pubilla» volvió a llamar a Ramona y le dijo:

—Los jueves podrías ir a Granollers al mercado; las gallinas son muchas los hueves sobran... Los dineros no sobran nunca. Y la «Jova de Can Garlanda» bajaba los jueves a Granollers y volvía oprimiendo su pañuelo en el bolsillo, donde se encerraba un puñado de duros; José la echaba las cuentas, recogía el dinero y lo escondía nadie sabía dónde, ni hacia falta saberlo. Estaba que él lo supiese. Por su parte,

—¡El desgraciado!... Claro: ¿quién puede compadecerle mejor que tú?

—¡Si usted no le diera el ejemplo!— interrumpió la moza.

Y el anciano hubo de callar. Se levantó de la mesa y se fué a dormir. Ya en el dormitorio, se volvió para anunciar a Ramona:

—Desde el jueves que viene, iré yo a Granollers.

—Ella le contestó con firmeza:

—El jueves y todos los jueves bajaré yo... No olvide usted que el amo de todo esto, el único amo, es éste.

Y señaló al infantil que dormía en su regazo, ajeno y feliz. José maculló unas palabras, mientras se ausentaba renqueando. Ya en su cuarto, tumbóse sobre el lecho, y formó su plan: estaba visto que Ramona ahora pretendía para su hijo la casa, los ganados, los duros que él fué enterrando y que formaban un sano capital. ¡Ah! La mosquita muerta, la muchacha resignada y sumisa, que obedecía sus palabras, que era en la casa como una criada, se entonaba de pronto y quería ser, en valentona de aquel hijo del pecado, la dueña de todo. ¡No lo conseguiría, no! Y el viejo tramaba su proyecto de lucha y de venganza... Pero en la lucha hay que contar siempre con los planes del contrario...

Al jueves siguiente, cuando la «Jova de Can Garlanda» regresó a la casa, la puerta estaba cerrada por dentro. Llamó con todas sus fuerzas; nadie le contestó. Entonces acudió al pueblo a reclamar auxilio; debía de haber sucedido algo... Lo que sucedió se echó abajo el recio portón: el idiota miraba sonriente el cuerpo ensangrentado del anciano y acariciaba la hoja de su cuchillo tinto en sangre.

El Juzgado sólo pudo poner en claro que el idiota, aprovechando la ausencia de Ramona, arremetió al viejo y lo cosió a puñaladas. Ramona, bien pudiera decir algo más; pero no se logró de ella confesión alguna: había salido, con su infantil en los brazos y la cesta de hueves como cada jueves, y al regreso se halló con que estaba cerrada la puerta, cosa que jamás sucedía. Lo demás, lo vio todo el pueblo...

¿Qué más podía decir ella?

El anciano bajó a la tierra. Jaime, el idiota, fué encerrado para toda la vida en un manicomio. La «Jova de Can Garlanda», libre ya con su hijo, vivió poco tiempo en la casuca: el que tardó en encontrar el agujero en que guardaba el anciano los duros acumulados durante algunos años de avaricia. Con la bolsa plena y aquel hijo sano y fuerte en los brazos, salió un día de «Can Garlanda»... Y el caseruco, abandonado, quedó allí en la oscuridad de la más pinta montaña de San Feliu de Codines, como un nido de águilas, para temor y aviso de los lugareños.



Dice el refrán catalán: "Per Nadal, cada ovel·la a son corral"
 Pero yo os digo: Per la escudella de Nadal, exigiu sempre Pastas GALL



Para las Fiestas de Navidad exijan las Pastas Alimenticias, marca

EL GALLO

PABLO PIFERRER Y FABREGAS

FIGURAS DEL SIGLO XIX

Hijo de un humilde tejedor, se eleva por su propio esfuerzo. Su vida fué corta, pero durante ella, cumplió con creces la noble tarea que la Providencia le había impuesto.

Otro pueblo más orgulloso de haber engendrado tal hijo, habría agotado las alabanzas. Inteligencias como Pierrer bastan para acreditar una época.

Secundado partido de todos los medios que tenía a su alcance, procura dotarse de los conocimientos propios, para contribuir a la resurrección de un pueblo. Su intuición maravillosa, le hace comprender, que sólo puede apelar a la sensibilidad, para renovar las inteligencias emborbotadas, por un largo período, de ignorancia y esclavitud.

Habiendo estudiado Filosofía en el Colegio de San Pablo y después Jurisprudencia en nuestra Universidad, su vocación, con todo, se inclina a fomentar todas las manifestaciones de carácter artístico.

Siendo la música la que llega más pronto al alma, y la arquitectura la de aplicación más inmediata, a estas ramas del arte recurre para sembrar las ideas primordiales, de la resurrección del sentimiento popular.

Para eso empieza a estudiar música con el maestro Vilanova, llegando a dominar la guitarra, habiendo sido discípulo de don Buenaventura Bassols, formado en la escuela del famoso Sor, uno de los clásicos de la guitarra.

Apoyado en estos conocimientos empieza a actuar como crítico musical, y de su fructífera labor nos dice José Pique: «Con una fuerza de comprensión más bien conocida que intuitiva, después de analizar punto por punto, los elementos que entraban en la obra y aglutinar una por una las bellezas o defectos que la misma contenía, prescindiendo de la opinión pública, más bien apoyado en razones hijas de una pura estética, pronunciaba el fallo con tanto acierto, como imparcialidad, hasta el punto de advenir la intención del autor y sorprender los secretos del arte, con los que no sólo quita muchas veces la pluma del compositor novel, sino que continuamente, al paso que educaba al público, ilustraba al artista. Así es que en la época de la aparición de sus artículos, fué unánime el aplauso con que fueron recibidos: los artistas, los aficionados, el público en general, reconocido en ellos la mano de un crítico inteligente y equilibrado, de un verdadero maestro.»

Con su penetrante visión, señaló los caracteres distintos de la música popular, de cada una de las regiones de España. Fué un entusiasta propagador de los conciertos instrumentales, contribuyendo a los ensayos que en Barcelona se intentaron de 1842 a 1845.

Apoyado en esta influencia artística, procura establecer el íntimo contacto que

tiene un arte con otro, y basado en aquel sentimiento romántico que nos da la música, su voz de vate inspirado, se esfuerza con sus divinos acentos y sus peroraciones líricas, hacer comprender la armonía que se desprende del espectáculo de la noche, envolviendo con su azulada luz, la silueta de nuestras catedrales. La poesía que evocan nuestros monumentos con los recuerdos que ellos resucitan, culminando esta labor con el inicio de la gran obra los «Recuerdos y bellezas de España».

Grande fué su influencia en este sentido pues despertó en parte el amor que los inteligentes volvieron a sentir por las bellezas de España.



PABLO PIFERRER Y FABREGAS

de la tierra, empezándose una campaña para detener la demolición de aquellos venerables monumentos.

Este prestigio, lo debía a su inagotable mérito de poeta, reconocido por las emblemas de su tiempo y contemporáneos. Sus «Estudios de crítica» le colocan a gran altura, mereciendo que Menéndez Pelayo dijera, que «fué un maestro de lenguaje y de la crítica».

No menos celebrada es su obra «Clásicos españoles» (Barcelona 1846).

A su labor como poeta, Azorín añade: «...ninguna más delicada, más fina, más emocionadora, que la poesía de Pierrer y Fabregas, que figura en las 100 mejores poesías líricas de la lengua castellana» reconocidas por Menéndez Pelayo. «La sencillez candorosa de sus versos, dice Valera acaso esté buscada y solicitada con candoroso esmero, pero no puede negarse que a veces está dichosamente conseguida. La más clara muestra de que fué así, nos

da la composición «Alina y el Genio». No es en ella Pierrer de los que, por huir de entresacas transposiciones, pomposidades y hojarasca floridas, adoptan un lenguaje pedestre y encierran en el metro, creyendo convertible en poesía, la más vulgar y desmanada prosa. Su sencillez, por el contrario, es poética en extremo, actúa a tener carácter épico popular y está hábilmente iniciada de la sencillez de los viejos romances castellanos.»

Pero en donde se destaca más que en ninguna obra literaria su grandiosa intuición y su bello estilo es al señalar, como base del arte, la inspiración popular.

De la «Neurología de don Miguel Ribera», profesor de piano» (octubre de 1846) transcribimos estos párrafos:

«Del seno del Norte, salió aquella voz de regeneración, que dió nueva vida al arte y a la ciencia. Allí, primero que en otras partes, se volvió la vista al genio popular y religioso de la Edad Media, que es el único y verdadero pasado poético de las naciones modernas. En Alemania, con su «Goetz de Berlichingen» Goethe arrancó el secreto de su existencia al último período de aquellas generaciones robustas; allí, Schiller, levantándose poco a poco en alas de su castro genio sobre el caos del materialismo, cantó el himno de la humanidad entera, idealizó el carácter del hombre como la más sublime maravilla del universo, celebró el triunfo del alma inmortal humana, grand, fuerte, libre y bella; allí Bürger, Fiech y Uhland oyeron el eco de las tradiciones que al través de los siglos y por encima de las viejas selvas germánicas envasaban las generaciones pasadas, y pulsaron con osada energía el arpa de los cantos populares y del sentimiento; allí Herder, con sus grandes estudios sobre las costumbres y las instituciones de los pueblos, observó el primero el fondo de la poesía que la nacionalidad atesora; allí los hermanos Augusto y Federico Schlegel, con los admirables y profundos recursos de la crítica, por ellos llevada tal vez a demasiada altura, han predicho el culto poético del espíritu católico de los tiempos medios; y si entre las nieblas de la Escocia, Walter Scott alzó una voz que fué llenando los ámbitos de todo el mundo civilizado, con los alemanes bebió los principios del romanticismo, que él ha fijado y convertido en tipo de verdad, perfección y armonía. Allí Mozart, reveló que la música dramática podía y debía ser algo más que meras fórmulas externas y agredables y mostró cómo han de expresarse las luchas de las pasiones y los misterios de la fantasía; allí, en el sentimiento y en el desencanto popular primitivo buscó Weber el desarrollo de sus ideas; y de allí las melodías de Schubert, ora religiosas, ora melancólicas, ora festivas, siempre populares y «romancescas», han venido a des-

teñar el amenazado trono de la ópera, de las canciones, que debieron ser la lírica de la música.»

Nada más hay que añadir al elogio de nuestro ilustre patriota, cuya vida fué corta pero fructífera.

Habiendo nacido en Barcelona el 11 de diciembre de 1818, contaba al morir en nuestra ciudad, el 25 de junio de 1846, 29 años.

GOAQUIN BAS GICH

Justicia y diplomacia

Un viajero, de regreso de un largo viaje, cuenta que en una república ultramarina, cuyo nombre no hace al caso, cuando un europeo comete algún delito, inmediatamente amenaza con llamar al consúl de su país. El temor a las complicaciones diplomáticas, naturalmente, da sus frutos y ante la perspectiva de tener que pagar una indemnización, es corriente que el europeo se va libre de molestias judiciales de todo orden.

Ultimamente, empero, hubo un caso en que la condición de extranjero no actuó de salvoconducto. Un europeo maltrató gravemente a un indígena.

—¿De qué país es usted?—preguntó el juez al acusado.

—De Suiza.

El juez, que algo sabía de Geografía, agregó:

—Suiza, según tengo entendido, no tiene mar... ¿verdad?

—No, señor; incluso está lejos de él.

—¿Así tampoco tendrá marina de guerra?

—No, señor juez.

—Muy bien. Entonces, queda usted condenado a tres meses de cárcel.

Viendo las estrellas

(Fábula)

Por saber de las estrellas iba Thales de Mileto (1) caminando, embabecado con los brillantes luceros, sin reparar un instante los obstáculos del suelo.

Mientras miraba a la alto fué a cruzar un hoyo abierto y en él cayó, magullado por completo todo el cuerpo.

Sacóle de allí el criado, razonándole a lo cuerdo:

—¿Cómo si no véis la tierra que está bajo los pies vuestros, pretendéis saber qué pasan en los ámbitos del cielo?

... ..

¡Cuántos, lo mismo que Thales, escribidan en lo eterno, sin ver que es a ras de tierra donde el escollo es más cierto!

CLOVIS EIMERIC

(1) Filósofo griego, fundador de la escuela jónica.

Cosas que se cuentan

LA PIPA DE ESPUMA DE MAR

Curriilo era hijo de una pobre viuda, que vivía en una aldea. Como poseía una hermosa voz, un maestro de capilla lo empleó en el coro de la catedral de la ciudad vecina. Desde entonces Curriilo se entregó al estudio con la mayor buena voluntad. Le consagraba la mayor parte del día y por la noche daba lecciones de latín, con cuyo producto subvenía a sus necesidades. Gracias a su inteligencia y a su celo infatigable no tardó en obtener el grado de doctor en Leyes y el puesto de secretario del gobernador de la provincia.

El nuevo secretario, que era hombre de mucha capacidad, tenía derecho a esperar un empleo aún más elevado y alentaba el propósito de casarse con Emilia, la hija del gobernador, el cual lo recibía a menudo a su mesa.

Un día en que se inauguraba la gran feria de la ciudad, se presentó a ver a Curriilo un anciano de la aldea natal del secretario, quien le dijo:

—Señor, su anciana madre se encuentra enferma. Me ha pedido que le venga a ver y que le diga que necesita algún socorro. Curriilo le entregó una moneda de cinco francos y repuso, con acento un tanto fastidiado:

—¡Tome! llevele esto.

En la tarde del mismo día, la familia del gobernador se trasladó a la Plaza Mayor para ver las variadas y ricas muestras de la feria y adquirir algunos objetos de fantasía. Curriilo, que la acompañaba, se interesó vivamente por una hermosa pipa de espuma de mar, y la compró, pagando por ella, 20 francos.

Emilia, joven tan bella como de nobles sentimientos, sabía que Curriilo había envidado esa mañana a su madre enferma sólo una moneda de cinco francos. Aunque sentía cierto afecto por el joven, le indignó verle gastar cuatro veces más en una simple bagatela.

No pudo evitar el hablar del asunto a su padre. El gobernador, indignado, declaró:

—No puedo ya tener confianza en un hombre que, si bien es muy capaz, demuestra tan poco corajaz para su pobre madre enferma y se preocupa más de satisfacer su vanidad y sus caprichos.

Desde ese momento Curriilo perdió el favor del gobernador. En vez de obtener el cargo de consejero que ambicionaba, sólo obtuvo, y con dificultad, un modesto empleo en una aldea.

Y desde entonces no se volvió a oír hablar de él.

FRASES AGUDAS

Un hombre muy piadoso, hablaba a Tristán Bernard de la resurrección de Lázaro, y decía:

—En los tiempos actuales no es probable que veamos cadáveres levantándose del sepulcro...

A lo que el famoso escritor replicó irónicamente:

—Es verdad. La medicina ha hecho de rasados progresos.

Lo que no está demás saber

LO QUE VALE UN HOMBRE

Los sabios son el diablo y todo lo averiguan, todo lo husman y todo lo reducen a cifras. Y los sabios son los que secan de determinar el valor no moral, ni intelectual, sino material de un hombre... que pese 75 quilogramos.

Según ellos, un hombre de tal peso contiene en su persona alrededor de 100 decímetros cúbicos de oxígeno, hidrógeno y azú. Valor de estas materias, 70 francos —unas 17 pesetas—. Contiene, además, grasa suficiente para fabricar un cirio de 7 a 8 quilos. Se pueden sacar de su cuerpo unos 11 quilogramos de carbono, con el cual podrían fabricarse unos 9,500 libras.

En la sangre se hallan unos dos gramos de hierro y en el resto del cuerpo, cantidad bastante del mismo metal para hacer un clavo suficiente para soportar 75 quilogramos. Un hombre sano y robusto contiene unos 1,400 gramos de fósforo con el cual podrían hacerse 800,000 cerillas. Y por agrío que pueda parecerse su carácter, encierra en su cuerpo 60 regulares porciones de azúar. Sin hablar de unas veinte cucharadas de sal que se hallarían en él.

Para que no nos ciegue la vanidad respecto a nuestro valor como mercancía, digamos que una inmensa tortilla de mil huevos nos proporcionaría los ingredientes necesarios para la fabricación de un hombre, desde las uñas de los pies hasta los tejidos más delicados de su cerebro.

Con averiguar el precio de los mil huevos, sabremos lo que vale un hombre en lo que de él es simple materia.

UNA BELLA ACCION

La cuenta Gutry y se refiere al insigne Pasteur y a la señora viuda de Boucicaut, dueña de los almacenes parisienses «Au Bon Marche».

El 24 de julio de 1900 presenté en casa de la señora Boucicaut, el ilustre benchor de la humanidad. La servidumbre no sabe si recibíle.

—Es un caballero de edad—dice la criada a su ama.

—¿Y es ese señor Pasteur que se ocupa de la rabia de los perros?

La criada pregunta al interesado.

—Sí—declara Pasteur.

Entra. Explica que va a fundar un Instituto. Poco a poco cobra ánimo; su verbo se hace claro y elocuente.

—He aquí, por qué, señora, me he impuesto el deber de molestar a las personas caritativas como usted. La limosna más insignificante...

—No faltaba más—dice la señora Boucicaut, con el mismo rubor que Pasteur, visiblemente turbado.

Siguen unas palabras banales. La dama toma un talonario, firma un cheque y lo ofrece, doblado, a Pasteur.

—Gracias, señora, es usted muy abalante. Y Pasteur lanza una ojeada al cheque y prorrumpe en sollozos. La señora Boucicaut, solloza también. El cheque era por valor de un millón de francos.